

Obituarios a destiempo

La vida misma

Sealtiel Alatríste

12 de febrero de 1984: *Muere en París el escritor Julio Cortázar, a quien se le conoce como El gran cronopio.*

Habían comprado una camioneta, de las llamadas combi, a la que dieron el nombre de *Fafner*, como el dragón que mató Sigfrido, y cuya sangre lo hizo invulnerable. El plan era sencillo: emprenderían un viaje épico, encerrados en esa casa rodante de nombre mítico y pasarían un tiempo inconmensurablemente largo en una carretera francesa. Llevarían alimentos, ropa, utensilios para escribir y recorrerían todos los *campings* que encontrarán a su paso. En la ruta, como los grandes exploradores del pasado, registrarían todos los datos, por ridículos que fueran, que al final les permitieran reconstruir pormenorizadamente su odisea.

Julio Cortázar y Carol Dunlop empezaron a dar forma a su proyecto uno o dos años antes, en un restaurantito de las playas de Zihuatanejo. Habían ido a pasar el verano en aquel oscuro rincón del Océano Pacífico, cansados de París, Ottawa y las ciudades donde generalmente se movían. Se le ocurrió a Julio, comiendo almejas bajo una palapa y se lo dijo a su compañera con el buen humor con que le comunicaba sus proyectos, con la solemnidad que le daban a sus palabras su estatura descomunal, y esa letra “g” arrastrada, que lo hacían pasar por un francés que acababa de aprender el español. Lo que escribieran en ese viaje, agregó, iba a ser la gran obra de sus últimos años. No es probable que Carol se sorprendiera, estaba acostumbrada a las manías de Julio, a pesar de que muchos lectores podrían esperar otra cosa, y quizás habría quien dijera que aquel juego de montar una aventura, supuestamente literaria, no estaba a la

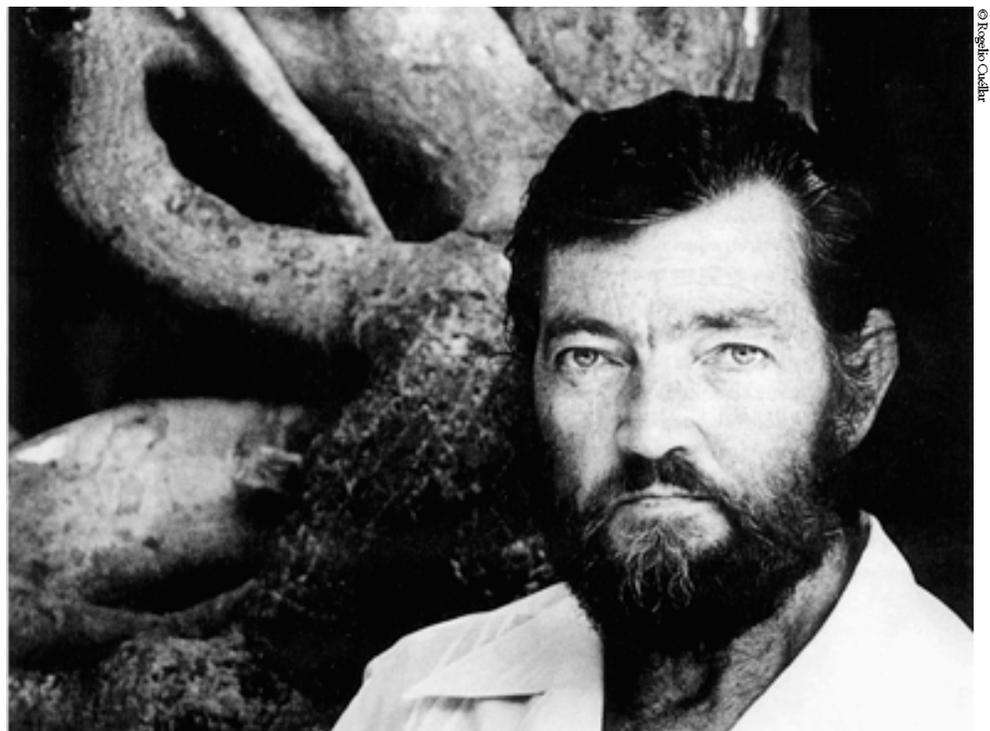
altura del gran cronopio. Él, sin embargo, hizo los preparativos con el entusiasmo y el misterio con que se planean las aventuras al estilo de su admirado Julio Verne y dejó varias notas en su mesa de trabajo —en el llamado cuaderno de Zihuatanejo— donde había registrado sus sueños para ver si le inspiraban una nueva serie de cuentos fantásticos.

Meses después, Carol confesaría que Julio estaba muy enfermo, que había que cuidarlo, y que, quizás, aquel viaje sería su última ilusión. Con esa esperanza a cuestas se montaron en *Fafner* y se internaron en la carretera para registrar las portentosas minucias de la vida insulsa de quienes viven en los *campings*. Es posible imaginarlos así, saliendo de París con la sonrisa en los labios, montados en *Fafner*, diciendo adiós al mundo con la mano. La carretera, los atascos, los problemas de la conviven-

cia sobre ruedas, quién lo creyera, le habían inspirado un cuento perfecto: “La autopista del sur”.

Pasado un tiempo, sin que nadie sospechara su enfermedad, murió Carol Dunlop. Se había dedicado a cuidar a Julio viajando con él, habían hecho su recorrido misterioso, y sospechando que en cualquier momento él se podía enfermar, fue ella la que perdió la vida. Julio se sumió en una melancolía indescriptible y se concretó a terminar aquel libro de su última ilusión: *Los autonautas de la cosmopista*. Resultó un libro enternecedor, sorprendente y maravilloso en más de un sentido.

La generación de los sesenta había salido a la calle con un ejemplar de *Rayuela* bajo el brazo, preguntándose si encontraría a la Maga. Era la época de los *beatniks*, los cafés existencialistas, los poemas convertidos en canciones de *rock*, del inglés como



Julio Cortázar

© Repéto Cudlar



lenguaje de la onda y de los balbuceos de una liberación sexual que tardaría años en llegar pero que estaba anticipada por esa mujer de la que todos nos habíamos enamorado: la Maga. Gonzalo Celorio decía que leer *Rayuela* había sido la experiencia fundamental de su juventud: se sintió como si fuera un calcetín al que hubieran jalado por dentro para exponer las costuras. Era cierto, *Rayuela* se convirtió en la cifra sentimental de aquella melancólica generación y fue el libro cuya lectura dejó ver los hilachos de su inconciencia.

Habían crecido en un mundo donde no cabían las ambigüedades: o te decías de izquierda o aceptabas las razones de la derecha; o buscabas la comodidad de un buen empleo o te lanzabas en busca de la justicia social. En el bloque socialista los occidentales eran los chicos malos del oeste porque multiplicaban la desigualdad social; y en los Estados Unidos, los comunistas eran los perversos del este, quienes se comían vivos a los niños con tal de justificar su tormentosa ideología.

En ese paraíso de certezas insensatas, una especie de vagabundo, un amante del jazz que parecía saber de muchas cosas sin

poderlas utilizar en nada, llamado Horacio Oliveira, llegó a dinamitarlo todo cuando dijo que había salido a la calle para averiguar si era capaz de encontrar a la Maga, esa desconcertante y enloquecida amante del Uruguay, esa mujer que se guiaba en el mundo con el faro metafísico de su ignorancia. Sospechaba que iba a encontrarla bajo un puente, que harían el amor hablándose en guígligo, el léxico erótico que ella le enseñó, pero que no sabía para qué ni por qué lo harían así. No creía en los dioses y los hombres le habían hartado. La buscaba como si jugara a la rayuela, queriendo llegar casilla tras casilla a un cielo detestable, sabiendo que al encontrarla se encontraría a sí mismo, porque él, inexplicablemente, se hallaba en algún otro sitio esperándose. Fue una proposición desmesurada a la que muchos se adhirieron sin replicar. Implicaba más que una forma de amar o criticar el mundo; encerraba una moral sin convenciones, un romanticismo sin romances. *Rayuela* les enseñó que el mundo de certezas incuestionables en que vivían, de buenos y malos sin chistar, se había convertido en el hogar de la desilusión, del pesimismo colectivo, de la derrota de la libertad. Para

recuperar la realidad tenían que salir a la calle y preguntarse si, como Oliveira, encontrarían a la Maga, y con ella, descubrir la sinrazón de la esperanza.

Muchos años después, aquel autor monumental en que se había convertido Julio Cortázar —que por fin había encontrado a su Maga— tuvo que enterrar a Carol Dunlop sin comprender que si él era condenado, ella hubiera muerto. De nuevo, el destino se había puesto patas para arriba y la aventura desmesurada que habían emprendido para ver qué les deparaba el mundo quedaba en su memoria.

Vino a México para revisar con sus editores las galeradas del manuscrito que había enviado semanas atrás. Se le veía cansado, las rémoras del desencanto eran evidentes en su rostro, y por primera vez en su vida parecía que su altura descomunal le pesaba como un fardo. Una mañana fue a conocer la casa de Frida Kahlo, la misteriosa pintora mexicana que tanto le atraía. La recorrió a paso lento y se detuvo a leer las leyendas de todos los exvotos que Frida había coleccionado con tanta devoción. En el patio se sentó a descansar y sin que viniera a cuento soltó una frase que justificaba su narrativa entera:

Muchos piensan que debería haber escrito un gran libro, algo que, como se dice, esté a mi altura. Quizá los desilusione, pero yo sólo quiero que mi escritura me haga sentir vivo. He sobrevivido a Carol para terminar de escribir, por los dos, nuestro libro de aventuras.

A las pocas semanas, Julio Cortázar recibió los primeros ejemplares de su libro, con una bella ilustración de José Luis Cuevas en la portada. Murió, estoy seguro, pergeñando una nueva ilusión: escribir un libro que mantuviera su sangre alerta. Eso, al final, fue la herencia que nos dejó Julio Cortázar: la fuerza de la literatura está en la vida misma y no en la perfección de la escritura. **U**

Rayuela se convirtió en la cifra sentimental de aquella melancólica generación.